

LA TABLA.



JUNTO á la puerta del hogar sentados  
y ante la mar que agita su ancho seno,  
del marino la mísera viuda  
y el hijo sufren su constante duelo.

El equinoccio del otoño trajo  
horror, angustias y gemir eternos  
sobre las costas de Bretaña, duras  
y erizadas de rocas.... ¡Ay! por eso,  
soñando entre las luces de la tarde,  
los dos se visten de colores negros.

En aquel lago dulce y apacible,  
en que al soplo suavísimo y ligero  
de las calladas brisas, alejándose  
y alejándose van los barquichuelos,  
cuyas zurcidas velas se destacan  
sobre las verdes ondas, á lo lejos,  
¿quién descubrir ni adivinar pudiera

al crüel Ocëano traicionero  
 que en solo un día del que fué temido  
 y lamentado y borrascoso invierno  
 veinte barcas lanzó sobre la costa,  
 sació á la muerte su implacable anhelo,  
 hirió á la esposa que su angustia gime,  
 y al niño hirió que se lamenta huérfano?

Sonría el cielo transparente y puro;  
 el mar se agite halagador y bello;  
 la mísera viuda sólo siente  
 un rugir espantoso y un recuerdo:  
 el de la tempestad que la persigue  
 con ronca voz; el del esposo muerto.

«Culpa fué de su arrojó»—la viuda  
 dijo al rapaz, que la escuchaba atento.—  
 «Á los que naufragaban ¿quién podía  
 abandonar? ¡No, no! ¡Pobre Matëo!  
 ¡Ay! no temer ni aun á la misma muerte,  
 ¡era tentar á Dios! ¡Horrible tiempo!  
 Jamás las furias de tan altas olas  
 ojos humanos como entonces vieron.  
 Tu padre descansaba entre nosotros  
 y, al cenar, dijo: «Con tan malos vientos,  
 maldito debe estar el que se arrojó  
 desesperado á combatir con ellos.»  
 De sobremesa ya, tomó su pipa  
 y la encendió; ¡salió! Sobre los negros

peñascos de la costa, donde apenas  
 de las olas llegaban golpes sueltos,  
 mirándolas saltar, curiosamente  
 sonreían algunos marineros.  
 ¡Ah! de improviso, entre la densa bruma,  
 del lado de las rocas de San Pedro,  
 vió tu padre llegar, rápidamente,  
 un bergantín..... ¡Dios mío! Te lo cuento  
 más despacio que fué. Contra un escollo  
 se hundió su quilla. Con rugido trémulo  
 tu padre dijo: «¡Sin tardar! ¡Un bote!»  
 Espantada quedé. Sus compañeros  
 le enseñaron el mar, que entre las peñas  
 al estrellarse rápido y revuelto,  
 en hervidora espuma se cambiaba  
 rajando grietas y llenando huecos.

«¡Un bote, y á las olas!—repetía  
 tu padre.—¡Pronto, sin tardar! ¡Seremos  
 cobardes? ¡Nunca! ¡Sin tardar! ¡El mío!  
 ¡Ni á las olas temió ni al aire fiero!  
 ¡Adelante! le llaman.»—No lo dudes;  
 locos los hombres son. ¡Al mar se fueron  
 y ninguno volvió! La mismä hora  
 era en que tú me ves llegar gimiendo  
 todas las tardes hasta el borde mismo  
 de las arenas y del mar sereno.

El Ocëano que á mis piés se humilla,  
 mientras los baña con mojados besos,  
 no devolvió del tan querido bote

ni una tabla siquiera. Tú, mi cielo,  
hijo del corazón, ¡ay! si me quieres,  
no te lances al mar. ¡Nunca! Ya tengo  
tu promesa..... ¡Por Dios! El padre cura  
te quiere mucho. ¿Me comprendes? ¡Bueno!  
Serás un sacerdote. Tu destino  
abre á tus pasos cómodo sendero.  
Sin mirar estas luchas borrascosas,  
sin escuchar sus espantosos ecos,  
cuando sêas ya cura, tu criada  
yo seré. ¡Qué tranquilos viviremos,  
lejos del mar! Recuerda que hace días  
que me lo prometiste. ¡Lejos! ¡Lejos!

El niño calla. Piensa en sus amigos,  
en sus amigos, pobres y pilluelos,  
que, al despuntar el alba, por las bordas  
de las chalupas corren satisfechos  
mientras que él, resignado, no se atreve  
ni aun á anudar un cable. Dócil siervo  
es de sus votos y promesas. Quiere  
obedecer, y sufre obedeciendo.  
¡Ah! cuando el cura cierra el blanco libro  
diciéndole: «¡Á jugar!» ¡oh, qué contento,  
ya libre, corre por la arena fina,  
acariciando su imposible sueño!  
Mas ¡ay! sentir el aire humedecido  
que mueve y ensortija los cabellos,  
y el agua que acaricia; desde tierra

ver las espumas de las olas, cierto  
que apacigua su afán, pero no basta  
á su indomable voluntad con eso.  
Sobre las olas su ambición se mece,  
sobre la vieja barca sus desêos;  
allí la vela desplegada flota,  
allí los foques hincha rudo viento;  
el horizonte se engrandece, salta  
el corazón bajo el desnudo pecho,  
el aire franco de la mar alegra  
y fascina su cántico soberbio.....  
¡Y sufrir tantos meses de martirio  
sin ver llegar el suspirado término!

Los meses pasan. Torna el equinoccio  
y con él sus furios. En el puerto  
un día lamentábanse reunidos  
algunos infelices marineros,  
y un *brick* miraron que tocaba casi  
las peñas ya del arrecife negro;  
¡con las olas saltaba, del naufragio  
la fatal agonía padeciendo!

«¡Un bote al mar, valientes!» uno dijo.  
¿Quién olvida los trágicos recuerdos  
de la pasada tempestad? ¡Ninguno!  
Mas el bote se armó. Contra su pecho  
abraza la viuda á su muchacho,  
que tiembla sin cesar, y no de miedo;

y al oído le dice: «¡Ya lo sabes!  
 ¡lo prometiste! ¡Por piedad! ¡No quiero!»  
 Sus grandes ojos en las olas fijos  
 y sus labios de púrpura mordiendo,  
 el niño no responde; mas de pronto  
 una oléada de color de cieno  
 salta en las peñas, y al caer, arroja  
 á los desnudos pies del niño trémulo  
 una tabla podrida en que sus ojos  
 «¡Adelante!» leyeron.  
 ¡El feroz Ocëano la sacaba  
 de su fondo revuelto!  
 ¡Era la voz de caridad sublime!  
 ¡El mandato paterno!  
 El bote va á arrancar. El niño deja  
 los brazos de su madre. ¡Dios eterno!  
 ¡Míralo ya sobre la mar que ruge!  
 ¡Ampáralo! ¡Protégelo!

¡Cómo les siguen las miradas todas!  
 ¡Cuántos son los valientes! ¡Qué resueltos!  
 «¡Virgen santa! ¡Las olas los ocultan!  
 ¡Ay! ¿hacia dónde van? ¡Oh! ¡perecieron!  
 ¡No! ¡Miradlos allí! ¡Se salvan todos!  
 ¡Oh! ¡Vuelven! ¡Ya! ¡Valor! ¡Ya! ¡Todos ellos!  
 ¡Hasta las bordas sube el agua inquieta!  
 ¡Qué importa! ¡Vienen todos! ¡Bravo esfuerzo!  
 ¡Hurrah!»—«¡Pronto! Lanzadnos una amarra,  
 ¡Ayudadnos! ¡Ya! ¡Bien!»

Mientras ligeros  
 todos gritan y corren, á los brazos  
 de la madre infeliz el hijo ha vuelto,  
 y la besa y le dice: «¡No me riñas!  
 ¡Ay! ¡estará mi padre tan contento!»

